

CIRCO M.R.T. Coop. Calle Artistas nº59, 28020 MADRID. Editado por: Luis M. Mansilla, Luis Rojo y Emilio Tuñón.
Con la colaboración de Arabella Masson.

2008. 149
LA CASA DEL AIRE

CIRCO

EN EL VALLE DE COLONYA...

JAVIER VELLÉS

Imagen de la primera página: Francisco Javier Sáenz de Oíza.



Queridos Luís, Luís y Emilio:

Leyendo con gusto en vuestro Circo altruista, *En los Andes* de Rafael Moneo, pienso en Oíza, el maestro amado.

Acaso venga a colación un folio que leí en el salón de actos de la Escuela, con motivo de la presentación del libro Banco de Bilbao Sáenz de Oíza. Era el 29 septiembre de 2000, poco después del fallecimiento. Decía así:

Recuerdo una tarde de verano, hace 25 ó 30 años. Estábamos en el valle de Colonya, cerca de Pollensa, en Mallorca, donde Oíza iba de vacaciones con su familia numerosa, y me habían invitado. Salimos a dar un paseo por el valle, contemplando el circo de rocosas cumbres abruptas, azuladas, adornadas a lo lejos por algunos recios pinos de ramas rotas por el viento. Subíamos por los caminos que surcan las faldas escalonadas. Yo procuraba acompañar la respiración para seguirle, y él, con su corazón de atleta, caminaba con ritmo sostenido mientras hablaba. Explicaba que aquellas cuestas tapiadas discurrían entre nivelados huertos escuadrados, que fueron construidos y mantenidos tenazmente desde la Antigüedad a base de hacer y rehacer muros de piedra en seco, para contener las tierras y para drenarlas cuando caen, puntuales, los fuertes aguaceros de los solsticios, o las intempestivas tormentas de finales de agosto. Gozosas aguas de lluvia que llenan los aljibes de piedra y argamasa, y que dan vida al valle sin destruir su belleza urdida, sin desbaratar el arte de las terrazas cultivadas para la autarquía, pues las piedras pensadas y puestas con habilidad amansan a las fieras aguas.

A la vuelta de un camino nos encontramos con un muro que había empezado a derrumbarse. Piedras caídas, desordenadas, invadían parte del camino, tierras del huerto habían empezado a derramarse ensuciando la cuneta, las raíces desnudas de un almendro asomaban desprevenidas por el impúdico corte del terreno.

Don Paco interrumpió la caminata y la charla para detenerse a contemplar el pequeño desastre. Yo, perplejo, me paré a su lado para mirar también el desaguado. Hubo un rato de silencio, enfrascados

en las miradas perdidas entre el barro seco, los chinos, los ripios, los cantos y los meños, hasta que el maestro dijo:

-Podríamos arreglarlo.

-¿Sabremos?- le pregunté asombrado.

-Sabremos- dijo, mirándome de frente con el destello azul alegre de su inteligencia. Limpiemos los bordes de la brecha, a cuatro manos, calzando con ripios los mampuestos que cojean para que no caigan más. Revisemos las piedras caídas. Sin forma a primera vista, presentan varias caras. La musgosa es la exterior, las polvorientas son las interiores.

Tratemos de buscar el lugar que cada una ocupaba. Las que no tienen cara exterior formaban la segunda hoja, el trasdós. Las largas con verdín seco en la testa son tizones o llaves que ataban las dos hojas. Las chinas y cascajo son relleno del núcleo, refugio de caracoles. Las piedras grandes, algo escuadradas, que tienen tres caras adornadas con líquenes son del coronamiento.

Y nos pusimos manos a la obra. Trabajamos codo con codo, flexionando las piernas para no hacernos daño en la espalda, comentando y advirtiéndolo para no pillarnos los dedos. El trabajo, caluroso, duró lo que debe de durar una reñida partida de tenis. Acabó cuando acababa la tarde. El muro volvió a su ser, como si nada hubiera pasado. Acalorados, satisfechos, descansamos un rato contemplando nuestra obra, mientras recibíamos, sudorosos, el regalo fresco de la brisa.

Alegres, bajamos hacia la casa, pensando en el payés del huerto que, conocedor de la avería, estaría buscando pedreros, que en verano están muy ocupados con los chalets, y nos reíamos imaginando el momento en el que acudieran dispuestos a repararlo y quedarán mudos, desconcertados, sin saber si había sido un mal sueño o un milagro.

Sonreíamos también pensando en las rebanadas de pan sin sal, tostado y con sobrasada, que María Felisa nos daría cuando llegáramos a su casa.

Javier Vellés, Toledo, 29 de septiembre de 2008